

Ja Que Cosas

**Hasta
Septiembre**
David Guerrero

<http://jaquecosas.tk>



**Con todo mi amor,
a mis lectores, al
blog y a la Bruja Piruja. ;)**

Hasta septiembre © Copyright Ja! Qué cosas

- David Guerrero

Capítulo Primero. Ford Focus

Era ya casi media noche y el silencio reinaba en el parque, soplaba una ligera brisa y podía sentir la hierba mecerse con el viento alrededor de mis piernas. Era verano, y como tal, yo llevaba un bañador, de esos modernos que llevan flores hawaianas de colores rosados. Junto con el bañador vestía una camiseta blanca sin ningún dibujo, blanca sin más. Ya se habían ido todos, bueno, todos menos ella. Ella vestía un ligero camisón azul encima del bikini. El vestido se había mojado marcando todas sus curvas más de lo normal. Estaba realmente sexy. Me impresionaba verme en aquella situación. Yo estaba con aquella chica, que de niña ya no tenía nada, tumbados sobre la hierba, solos, el uno con el otro. No podía evitar mirarla, mirar su cuerpo, no podía evitar encontrarme ciertamente nervioso. Yo tenía la mirada clavada en uno de esos letreros que tienen los columpios infantiles con mensajes como "NO LO USES SI TIENES MÁS DE SEIS AÑOS". Pensaba, no podía evitar pensar en ella y el silencio lo único que hacía era favorecer mi situación; me imaginaba con ella, agarrados, besándonos, compartiendo nuestros labios mientras acariciaba su cuerpo. Eran idioteces, solo podían ser eso, idioteces.

-Víctor, ¿pasa algo?- se dirigió a mí.

-¿Eh? No... sólo que estoy un poco cansado- mentí- creo que hoy he jugado demasiado en la piscina y supongo que me he adormilado un poco al tumbarme en la hierba

La miré, el cabello oscuro tapaba su frente y un mechón de pelo se le acercaba a los labios. Ella sonreía. Era feliz, estaba contenta de estar conmigo pero eso yo no lo sabía.

-No se... te veo un poco serio -su tono de voz se quebró y volvió la vista hacia las estrellas- creo que de verdad te pasa algo. Supongo que ya sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿no?

-No, de verdad, gracias por preocuparte, en serio, a veces pienso que en realidad si me pasa algo pero no consigo averiguar que es.

Nuestras voces sonaban como truenos en mitad de la noche y rompimos el silencio haciendo volar a un pájaro que nos escuchaba desde un árbol. Tras unos segundos de silencio, volvió a la carga.

-Es por lo de Rebeca, ¿verdad?

Me dedique un tiempo a meditar mi respuesta hasta que finalmente acabe soltando toda la verdad, toda la puta verdad.

-Joder, supongo que estas cosas son un poco difíciles de ocultar- proseguí- al principio, cuando me lo dijo, pensé que sólo me iba llevar un tiempo recuperarme y acabaría superándolo.

-Veo que no hay nada nuevo en tu mente desde la última vez que hablamos, creo incluso que has ido a peor.

-Si... es que, en estos últimos días la he estado echando de menos más de lo que pensaba. Necesito mantener la cabeza ocupada para no pensar en toda esta mierda.

Giró la cabeza hacia mí de nuevo, ahora mirándome fijamente. Sus ojos marrones brillaban a la tenue luz de la farola produciéndome una sensación extraña. Su rostro se presentaba inexpresivo, multiplicando su belleza y resaltando toda la perfección de su piel.

-Víctor, por favor, tienes que olvidarla, pasar página y no estar así de tristón- me agarró la mano que estaba tendida sobre la hierba. Sentí la suavidad de sus dedos agarrando mi muñeca mientras me apretaba la palma contra su otra mano- Tu no te mereces estar así, este no eres tú, necesito verte mejor, me haces sentir mal cuando te veo así.

Mi ritmo cardíaco aumentó mientras me miraba, no sabía que decir ni que hacer. Dirigí la vista hacia el cartel del columpio de nuevo a modo de escapatoria. Sentía sus ojos sobre mi nuca a la vez que notaba como sus dedos se movían sobre mi mano acurrucada entre las suyas, produciéndome un cosquilleo placentero. Mis pulsaciones aumentaron más todavía.

-Por favor, no me hagas más difícil esto, ya te he dicho que la voy a olvidar y es verdad, no me lo recuerdes más, no quiero recordarlo.

-Me gusta que pienses eso, pero no veo que lo hagas- su voz se aclaró y adquirió un tono más serio- te ha dejado ir y no sabe lo que está perdiendo.

-En serio, por favor, no quiero hablar más de esto, no hay ningún culpable ni estoy enfadado con ella, solo que...- una lágrima brotó de mi ojo y empezó a caer lentamente por mi mejilla.

-¿Sólo qué...? Sigue, por favor, no te cortes.

Proseguí, ahora era lo duro, lo real y jodidamente duro, no quería hacerlo pero algo en mí me decía que si lo hacía sería la única forma de poder quitarme todo el peso de encima.

-...Sólo que estoy asqueado y te miento si te digo que estoy recuperado. Ella se ha ido con el otro, se cansó de mí, no soy lo suficiente para ella, no sirve de nada preocuparse más. Se a encaprichado por ese sopla poyas rubito que sólo viste Lacoste mientras a mi me deja aquí, tumbado en la hierba, lloriqueando como un mariquita mientras tú lo tienes que ver y escucharme- brotaron un par de lágrimas más de mi ojo.

Una de sus manos me soltó y se acercó a mi mejilla para limpiarme la lágrima que caía. No me limpió simplemente, me acarició, sus dedos me acariciaron igual que me acariciaban la mano. Rebeca no importaba, el pijo de su nuevo novio que en ese momento ni si quiera recordaba cómo se llamaba tampoco, no, no era eso lo que me inquietaba, no era eso lo que me preocupaba. Ahora sí lo sabía, estaba todo dado, mi mente no fue capaz de verse a sí misma. De ver lo enamorado que estaba de ella. Verónica.

-Yo... lo siento, no sabía cómo podía ayudarte y creo que lo único que he conseguido es despertar el dolor que hay en ti.

-No pasa nada. Supongo que estoy mejor- mentí de nuevo- De vez en cuando viene bien sacar el tema.

Una ráfaga de viento pasó sobre nosotros levantándola el pelo haciendo que viera sus ojos de nuevo, sus ojos marrones, esos que brillaban a la luz de farola, esos ojos en los que no paraba

de pensar cada vez que estaba con ella. Sus ojos lloraban, es posible que fuera un simple efecto óptico pero me dio la sensación de ver una lágrima caer por su mejilla. No creo. Dejó de mirarme.

-Uf, ya se hace tarde, creo que me voy a ir recogiendo.

-Si, supongo que yo también aunque podría quedarme un rato más- las pulsaciones, ya relajadas, volvieron a aumentar repentinamente mientras pensaba lo que iba a decir.

Ella estaba ya de pie recogiendo el pelo con una goma en una coleta. Ahora, iluminada de nuevo por la luz de la farola, esa jodida farola lo único que conseguía era empeorar las cosas, no podía enamórame de ella. Podía verla. Podía a toda ella, sus curvas, su cuello, sus piernas, podía ver su todo bajo la amarillenta luz. Una vez más volvía a pensar que estaba realmente sexy y volvía a imaginarme la escena del beso. Sólo era una tontería. Ella recogía su bolso cuando me levanté para recoger mi toalla. Me dio dos besos y se despidió, me dijo que ya me llamaría y que no quería volver a verme así de rancio. La seguí con la mirada mientras esperaba a que un Ford Focus al parecer de color rojo pasara a toda velocidad por el paso de cebra con una música que parecía ser tecktonic a todo volumen.

-¡Vero! Espera ahí un momento.

Ella se giró y al mirarme me dedicó una sonrisa. Me acerqué corriendo a ella y me paré en frente a tan sólo unos pocos centímetros de distancia.

-¿Qué pasa?- preguntó impaciente

-Bueno, en realidad yo...- si el ritmo cardíaco seguía así me daría un infarto- Nunca se decir muy bien estas cosas- paré unos segundos y proseguí tras observar de nuevo su perfecto rostro- Me gustas. Sólo quiero que lo sepas, que necesitaba decírtelo que me voy a quitar un peso de encima. Simplemente eso, que me gustas, nada más.

-Víctor... esto... no sé, es como... no sé explicarlo. Debo pensarlo, lo siento, mañana te digo lo que sea. Adiós.

Me volvió a dar dos besos seguidos de un abrazo y se alejó. Me quedé parado durante unos segundos mientras los aspersores del césped se iban activando. La música del Ford Focus se alejó tras escuchar el sonido de una frenada, como un derrape. Me limité a seguir mirando su silueta alejarse. Sus palabras resonaban en mi cabeza "*debo pensarlo, lo siento*" ¿Lo sentía? ¿Había algo que sentir? ¿Me había hecho ilusiones con ella? Joder, éramos muy amigos y unas caricias tontas no tenían por qué significar nada.

Capítulo Segundo. Donuts de Chocolate

Abrí un ojo. La luz del sol entraba por la ventana abierta y me deslumbraba. Una vez más había olvidado bajar la persiana y de nuevo me despertó la luz. Volví a cerrar los ojos y me rebocé un poco más entre las sabanas desechas, como me gustaba hacer eso. La habitación era amarilla, era un leve tono amarillo que producía una sensación relajante con la luz del sol entrando por la ventana. Me levanté y me puse en pie mientras me estiraba. Todavía estaba un poco cansado pero tenía hambre y anduve hasta la cocina, abrí la nevera e inspeccioné dentro para ver que podía aprovechar. Encontré un brick de leche oculto detrás de unos filetes envasados al vacío. La nevera se veía un poco pobre, desde que se fueron mis padres no había hecho la compra. Cogí el brick, lo destapé y bebí a morro hasta que me saqué. Un poco de leche cayó por la comisura del labio manchándome el torso desnudo pero no preocupaba, quería comer, tenía hambre. Cerré la nevera y me acerqué al armario de los desayunos, de nuevo me encontré con muy poca cosa aprovechable. Aparté a un lado el paquete de las madalenas para echar mano de un donuts bombón que estaba arrinconado, muy solito en el armario. Abrí el envase con ganas y el olor entro por mis fosas nasales, era una sensación dulce que despertó más ganas en mí de devorarlo todavía. Le di un primer mordisco lentamente, escuchando la masa romperse y desgarrándose y sin esperar ni si quiera a tragarme el cacho que tenía en la boca, devoré lo que quedaba de donut. Me lavé las manos de los restos de chocolate derretido en mis dedos y me dirigí al baño. Estaba frente al espejo y me miré, de dediqué unos minutos a observarme. Dios mío, daba asco. El bigote había crecido más de lo debido y ya podía distinguir cada pelo perfectamente. Tenía las patillas descuidadas y unas ojeras de comunes reinaban bajo mis ojos. Desde que acabé con Rebeca no me había afeitado y al parecer tampoco había dormido muy bien. Decidí por fin quitarme el calzoncillo que llevaba puesto y lo arrojé al cesto de la ropa sucia que ya rebosaba. Todavía no había puesto ninguna lavadora desde que se marcharon mis padres y me estaba empezando a quedar sin calzoncillos limpios. Pasé un buen rato en la ducha sin pensar en nada en particular, simplemente dejando caer el agua, después me afeité y me arreglé un poco esas patillas. Ahora me veía mejor, las ojeras se habían disipado y mi piel parecía más clara después del lavado.

Volví a mi habitación y después de hacer la cama encendí el ordenador, abrí el navegador y vi mi tienti, ninguna novedad. Espera, había algo, había un mensaje nuevo. Me dio un vuelco el corazón pensando en que lo que tenía delante de mí era la respuesta, su respuesta, el fin a todos mis quebraderos de cabeza. Era Marcos:

Eeh, tusa, ke a ver cuando nos vemos que quiero ver que tal andas tio, que ayer estabas raro. Bueno, supongo que mañana por la mañana te llamaré pa ver si podemos quedar. Enga, cuídate.

Agosto, 20, 2009.

Llamaría hoy, por la mañana. No me apetecía contestar al mensaje así que lo deje, cerré el navegador y puse un poco de música. Necesitaba escuchar música. Me apetecía algo tranquilo,

quería escuchar una de esas baladas que tanto me gustaban, abrí el reproductor y empezó a reproducir. Me desparramé en la silla y estuve un buen rato sin hacer nada escuchando *I'll Be Waiting*.

El teléfono interrumpió mi momento de relajación. Paré la música y fui hasta el salón a cogerlo. Era Marcos.

-Eh, chaval ¿qué tal andas?

-Ando, Marcos, sólo ando, ni bien, ni mal- me dedicué una sonrisa por esa frase tan tonta que acababa de soltar.

-Bueh' niño, que a ver qué pasa que ayer estabas como amargado. ¿Estás ya mejor?

-Sí, ya estoy bien, hombre.

-Me parece a mí que me estás contando una trola como una casa. Venga coño, ¿no has visto las fotos de Rebeca con el pijo ese?, como se llamaba, ¿Diego?, sí Diego, era así.

-No, que va, no las he visto, ya sabes que no me mola mucho, la estoy intentando olvidar.

-Muchacho, ¿no sabes que como han hecho un mes el pavo este la ha regalado un móvil? Un Nokia de esos táctiles.

-Tío, de verdad, no sigas por ahí, no me apetece hablar del tema, quiero olvidarme- me estaba empezando a cansar de la conversación.

-Vale, vale, sólo decirte que me tienes aquí para lo que tú quieras, ¿entendido? Por cierto, que esta tarde te vienes para la piscina, ¿ok? A ver si al final te vuelves a quedar con la Vero, los dos juntitos hasta tarde en la hierba.

-Menudo mamonazo estás hecho. Bueno, venga, te veo esta tarde en tu casa.

-Pero estás seguro de que quieres venir, ¿no?

-Que sí, que sí- mentí una vez más- venga adiós.

Colgué sin dar tiempo a que se despidiera, no me apetecía hablar, solo quería hacer una cosa, iba a ver esas fotos. Me dije a mi mismo que no debía hacerlo y que era una gilipollez como una casa, que ella me había olvidado y que no tenía ninguna posibilidad. Acabé del ante de la pantalla buscando el tuenti de "*Rebekita Tkk mi rubio*" Hace un mes habría buscado por "*Rebeca teeq Víctor*" Menuda zorra, pensé. Me metí en su perfil con cierto grado de cabreo. Su estado decía: Eres lo mejor que me ha pasado nunca, eres mi diiegoo! Teek! En su nueva foto principal aparecía comiéndose la boca con el niño rubio de los cojones. Además tenía una entrada donde decía y repetía varias veces lo mucho que quería a su niño. Su nuevo niño. Mi cabreo aumentaba según navegaba por sus álbumes de nuevas fotos en las que salía. En una de las fotos salía el nuevo móvil junto con un iphone que deduje que pertenecía a Diego por su fondo en el que aparecía la foto que anteriormente había visto como principal. Había un par de fotos en las que salían ellos dos besándose y en los comentarios se repetían lo mucho que se querían dándome ganas de romper el ratón a golpes y después tirarlo por la ventana. Al darle de nuevo a inicio para ver las novedades había algo, había un mensaje privado. Este no iba a ser de Marcos, era de una tal "*Veroo Muñoz!!*", Verónica, era su contestación, su respuesta:

¡Víctor!! Estas mejor que ayer? Espero que si, por tu bien, que me ha dicho marcos que vienes a la piscina, me lo pase bien ayer. Nos vemos.

Un besazoo, teequierop! ^^

Agosto, 20, 2009

Verónica y Marcos eran vecinos. A Marcos ya le conocía cuando se mudó con su madre a Madrid debido al divorcio de sus padres. Verónica entró a vivir en los edificios nuevos un poco más tarde, ella no conocía a nadie aquí porque se habían mudado por el cambio de trabajo de su padre, entró en mi clase en el instituto y nos hicimos muy buenos amigos. Amigos, sólo eso. “... debo pensarlo, lo siento” sus palabras resonaban de nuevo en mi cabeza, si quisiera algo no habría nada que pensar y me lo hubiera dicho en el momento. Me dije a mi mismo que la había cagado y que me iba a arrepentir. Apareció otro mensaje. Esta vez era de Rebeca ¡¿De Rebeca?! Esperé unos segundos antes de clickear sobre el mensaje para abrir. Lo abrí.

Capítulo tercero. Claro en sus labios

victor, e estado pensando, y creo k no tenemos por que llevamos mal, podemos ser tan amigos como antes, Carolina me a dicho que basicamente me odias y que estas todavia un poco mal por la ruptura. Rehaz tu vida, en serio k podemos llevarnos bien. Si kieres qedamos un dia. Contestame, anda.

besitos

Agosto, 20, 2009

Podía esperar sentada si quería una contestación. ¿Pero de qué coño iba esta cacho de guarra? Me parecía increíble que me dijera que nos podíamos llevar bien después de que me desechara para irse con el niño de los regalos caros, seguro que ya estaba con él mientras salía conmigo. Cerré el navegador y miré el reloj. Windows Vista me dijo que eran las 14:46, la hora de comer. Avancé por el pasillo hasta la cocina. La luz entraba radiante por la ventana que rebosaba de claridad. Abrí la nevera en busca del pan Bimbo y de un poco de fiambre. Una vez más, la triste imagen de la nevera vacía me recordó que tenía que hacer la compra. Alcancé un tupper con queso en lonchas que se escondía tras un brick de tomate frito y lo abrí. Estaba mal cerrado y el ambiente había endurecido el queso. Lo puse desgadamente en el pan de molde debajo de una considerable cantidad de jamón york. No tenía demasiada hambre, ese triste sándwich fue mi comida, mi última comida antes de que todo cambiara radicalmente, pero eso yo no lo sabía. Comí el sándwich lentamente sentado en un taburete observando el granito de la encimera. Pensaba demasiado. Cuando uno se encuentra solo, la única compañía, la única voz que puede oír es la de su conciencia, pero claro yo además escuchaba la de Vero: “debo pensarlo, lo siento” Me quedé dormido en el sofá después de comer escuchando el sonido de los coches pasar por la carretera, pasaban a toda velocidad por el asfalto, casi podía escuchar los neumáticos rasgarse en el ardiente asfalto.

* * *

Me desperecé y levanté la cabeza sintiendo numerosas punzadas sobre mi nuca, había dormido en una mala posición. Sólo llevaba unos calzoncillos puestos y aún así estaba bañado en sudor. Fui a mi habitación, y recogí el bañador de flores hawaianas que estaba tirado por el suelo. Tras quitarme los calzoncillos y arrojarlos sobre el colchón me puse el bañador y cogí una camiseta limpia del armario, una de las pocas que quedaban. Estaba un poco arrugada pero sería suficiente para ir a la piscina. Era de color azul claro, tenía dibujados al monstruo de las galletas abrazado al muñeco de jengibre y un cartel rezaba: amistades peligrosas. Saqué además del armario una toalla y la metí en una mochila junto con el teléfono móvil. Alcancé las llaves que estaban en el escritorio bajo un montón de papeles. Cruzé la puerta de mi habitación y avancé por el pasillo hasta el salón, la tele estaba encendida y televisaban dibujos

animados. La que parecía ser la Bruja Aburrida perseguía a las tres mellizas por un pueblecito seguida del búho loco ese con el que iba siempre. Apagué el televisor y fui hasta la puerta, salí cerrando con llave. Mientras bajaba por las escaleras empezó a sonar de dentro de la mochila lo que parecía ser la canción Opa' yo via' hace' un corra'. Mi tono de móvil en aquella época era un poco ridículo pero a mí me gustaba. Era Vero, su voz dulce me dibujó una sonrisa.

-Eh, Víctor, ¿dónde andas?

-Perdona. Es que me he echado una siesta y no me he dado cuenta de la hora que era. Ya voy de camino.

-Ah, ok, es que estaba Marcos impaciente porque vinieras y me ha dicho que te llamase.

-Vale, que esté tranquilo que no tardo mucho, ¿tú qué haces?

-Pues estoy sentada en un banco viendo como Marcos se baña mientras me como una tarrina de helado. Estoy un poco atontada y depresiva – Esa frase me preocupó, ¿estaba depresiva por el no que me iba a soltar?- y el señor Häaguen Daz es el único que me comprende -soltó una carcajada un tanto histérica y prosiguió – cuando vengas, habló contigo ¿de acuerdo?

-Vale... adiós – Colgué. Tenía que hablar conmigo, menuda mierda, yo no quería que hablara. Ya conocía la respuesta. No le gustaba. Ella lo sentía, ella lo había pensado como dijo. Yo sólo soy su amigo y nada más.

Marcos salió con una sonrisa a recibirme en la puerta de su portal. Entré, era una estancia grande y agradecí el aire fresco que se alojaba en ella. Podía verme en el recién fregado mármol del suelo, todavía olía un poco a lejía. La puerta que conducía al patio de la piscina se encontraba al final de la estancia. A través del cristal de la puerta pude distinguir a Verónica y al señor Häaguen que se hallaban sentados en un banco frente al agua. Tenía la boca manchada de algo que parecía ser chocolate y tenía el pelo hacia atrás, todavía mojado.

-Eh, colega.

-¿Qué tal por aquí? - no tenía muchas ganas de hablar pero un poco de su compañía me vendría bien - me da la sensación de que Vero no anda muy bien, ha vuelto a caer y le vuelve a dar a las tarrinas de helado.

-Sí, está un poco rara. Menudos amigos que tengo, si no está rancio el uno lo está la otra – me dedicó una sonrisa enseñando los dientes. A mí no me hizo ninguna gracia – Bueno, ¿pasamos?

-Claro, adelante.

Se puso en marcha y me abrió la puerta. Ahora veía más de cerca a Verónica. Ella me sonrió pero no se la devolví. Tenía ganas de irme, de salir corriendo, de tumbarme en mi habitación, de descansar, de olvidarme de todo. Se levantó sin dejar de comer de la tarrina y se limpió las boceras de helado con el reverso de la mano.

-Hola – no estaba contenta. Se sentía incómoda con mi presencia, no estaba preparada para decirme un no. - ¿estás ya mejor que anoche? - me estaba empezando a cansar de lo mucho que se preocupaba la gente de mi estado emocional.

-Sí, supongo que sí – la di un abrazo seguido de dos besos y proseguí intentando cambiar de tema – parece estar bueno.

-¿Eh?

-El helado.

-Ah... sí.

Marcos irrumpió en nuestro diálogo e informó de que se iba a dar un baño. Ella y yo nos fuimos al banco que anteriormente compartía con su helado y fue a la carga con el tema que yo precisamente quería evitar. Su delicada voz temblaba ligeramente y parecía que estuviera hablando en una lengua desconocida para ella. No encontraba las palabras adecuadas, no encontraba las palabras adecuadas para decirme que no le gustaba, que no sentía nada por mí más lejos de la amistad.

-Víctor... supongo que tenemos que hablar.

-Creo que no hace falta. Está todo claro, no necesito que digas nada – intenté no mostrar mi enfado y no ser demasiado duro con ella.

-Sí, si hace falta hablar, te quiero dar mis razones, no quiero que dejemos de ser amigos – me cogió la mano – de verdad, no creo que fuera a funcionar, lo siento, yo no quiero hacerte ningún daño. No estoy preparada para salir con nadie ahora y menos con mi...

-Vale ya está, no hace falta que digas nada más – la corté – No quieres y no quieres. Punto y final.

-No te enfades, por favor, quiero que estemos como hasta ahora.

-No me enfado, ni estoy molesto – mentí para escapar del sufrimiento – todo va a seguir igual que antes ¿de acuerdo?

-Gracias.

Me soltó la mano lentamente y me dio un beso en la mejilla, casi en la comisura del labio. Cerré los ojos por el dolor que produjo. No, yo no quería que me besase. No por ahora, no quería que estar a su lado, no quería verla. La dejé en el banco. A ella y a su helado. Dejé mi camiseta y mis chanclas en la hierba y fui a ducharme antes de tirarme al agua. Estaba fría, se me contrajeron todos los músculos al caer. Tenía los ojos cerrados, escuchaba a los niños gritar en la superficie, oía los chapoteos en el agua y lo que parecían ser los gritos del socorrista llamando la atención a los bañistas. Me quedaba sin oxígeno y tras soltar unas burbujas

ascendí hasta sacar la cabeza fuera del agua. A mi lado, sentada sobre la línea roja del bordillo que marcaba la profundidad estaba Verónica, con los ojos achinados por la luz del sol. No quise pararme a mirarla. Metí de nuevo la cabeza en el agua y bucéé hasta separarme de ella lo suficiente como para no oírla si me hablaba. Mientras buceaba, escuché como se zambullía en el agua y vi como levantaba todas las burbujas al caer. Fui a la superficie a jugar un poco con Marcos, tenía una pelota de esas de las tortugas ninjas de plástico de los veinte duros. Jugamos un poco con ella y salimos a secarnos al sol. Recuerdo el rostro de tristeza que vi al salir del agua cuando me di la vuelta. Estaba parada, mirándome flotando en el agua. Tenía el rímel corrido y presentaba un rostro demasiado triste. Su mirada parecía hablarme y decime: “Lo siento, debo pensarlo” “Quiero que estemos como hasta ahora” Di media vuelta y me tumbé en la hierba, cerrando los ojos mientras escuchaba la voz de Marcos hablándome de no sé qué cosa de fútbol y después me contó algo de Diego y de Rebeca, no presté atención. No quería saber nada. Me quedé dormido.

Me despertó un beso. En la mejilla, esos labios estaban secos y olían a cloro. La luz era tenue, amarillenta. Como la de una farola. El viento soplabla y estaba oscureciendo. No estaba en la piscina, estaba en el parque de enfrente del piso de Marcos. Volví a notar otro beso. Abrí los ojos completamente y visualicé a Verónica. Ya tenía el pelo seco y ondeaba con el viento. Sonreía. Era feliz. Me acarició el pecho con su mano y me dio un beso, de nuevo demasiado cerca de la comisura de mi labio, lo repitió, pero esta vez fue a mi labio, no quería mi mejilla, me estaba besando el labio inferior, tardó en apartarse. Tenía los ojos cerrados y sus manos tocaban mi pecho. Cerré los ojos y se lo devolví. Volví a oler el cloro, en su boca, en su pelo. La cogí suavemente por la mejilla con una mano mientras la otra rodeaba su cadera. Abrió los ojos al mismo tiempo que yo paraba de besarla. Nos miramos y sus ojos me hablaron de nuevo, no se disculpaban y ni se excusaban por haberme roto el corazón. Sus ojos me decían: “Te quiero” “Sigue, por favor” La agarré más fuerte y volví a besarla de nuevo pero lo único que encontré fue agua. Agua. Olía a cloro, y yo estaba mojado. No había nadie conmigo, estaba sólo y mojado. Mojado porque la chica con la que acababa de besarme se había convertido en agua, en nada. No estaba. Mojado porque las lágrimas recorrían mis mejillas. Vi el columpio, vi el cartel. Vi la farola y el árbol. Vi el Ford Focus rojo aparcado en la acera. No comprendía nada, no sabía que significaban todas estas cosas. Me dejé caer en la hierba mojada y me quedé dormido sin querer despertarme nunca más.

Capítulo cuarto. Una lagrime por cada caricia

-Venga Víctor, levanta, que no has venido a la piscina para dormirte – la voz soltó una carcajada y después noté que me abrazaba algo. Algo mojado, húmedo. Oía a cloro. Me apretó contra su pecho. No era un torso masculino. Abrí los ojos y me encontré con Verónica. - Te has quedado completamente sobado.

-Parece que sí. ¿Qué hora es?

-Son las ocho en punto. Hemos pensado en irnos a cenar al centro comercial, te vienes, ¿no?

Había dormido alrededor de hora y media sobre la hierba y mis músculos me lo recordaron a base de pinchazos. Ella se sentía culpable y no sabía qué hacer. No me apetecía quedar con ella pero si me quedaba en casa tampoco haría nada de provecho. Además, casi no quedaba comida en la nevera.

-Bueno, vale, no me apetece irme hasta casa así que iré tal cual, con el bañador puesto.

-Venga vale, Marcos ha subido un momento a preguntar a sus padres y yo no tardo en arreglarme. Espérame aquí, ¿vale?

Se alejó mientras se atusaba el pelo para quitárselo de la boca. Unos minutos más tarde sonó el teléfono. Era Marcos. Sus padres no le dejaban salir porque tenía familiares en casa. Genial, ¿pasar la cena con Verónica?, ¿sólo con ella? No sé si podría aguantar.

En el vagón sólo había una pareja de mediana edad y una señora mayor. Verónica iba sentada y yo estaba de pie apoyado en una de las paredes del tren. Desde que salimos de su casa no habíamos mantenido conversación alguna, el ambiente estaba tenso y ninguno de los dos quería estar allí. Ya no pensaba en sus delicadas curvas. En sus ojos, uno de ellos tapados por el flequillo que colgaba de su frente. Sólo pensaba en mi cama y en dormir y descansar.

Ya en el centro comercial nos acercamos a la zona de restaurantes. Teníamos una amplia gama de ofertas para cenar allí. Nuestra situación había evolucionado y ahora hablábamos tan solo de temas triviales. No quería mostrar mi decepción por tener que pasar ese tiempo con ella e intentaba entablar conversación por ella. Estábamos mucho más distanciados de lo normal hasta que llegamos al burger. Ella ya había cogido su bandeja y yo me di la vuelta cuando cogí la mía. Una chica de pelo largo y rubio entraba acompañada de un chico con pelo rosa. Ella tenía el flequillo hacia un lado. Sus ojos resaltaban en su tersa cara, eran azules claros. Los reconocí cuando se quitó las gafas de sol. Vestía una blusa blanca e iba lo suficientemente escotada como para fijarte en su torso antes que en sus ojos. Llevaba además unos pantalones vaqueros muy cortos dejando ver sus estilizadas piernas acabadas en unas manoleínas blancas. Presentaba un aspecto excelente y destacaba entre la multitud cuando se puso en la cola para pedir su menú. Seguí con mi bandeja hasta la mesa donde me esperaba Verónica.

-Rebeca está aquí.

-¿Qué? ¿Dónde? - paró un instante mientras buscaba con la mirada en la multitud. Unos segundos después hizo un gesto de saludo acompañado de una sonrisa.

Miré hacia atrás, Rebeca se acercaba mientras dejaba a su “niño rubio” esperando en la cola. Verónica se había levantado a recibirla. Cogió mi mano y me la puso sobre su cintura acercándose hacia ella. Yo no entendía nada pero la seguí la corriente.

-¡Hola! - saludó Rebeca con una sonrisa de oreja a oreja. Mientras se daba dos besos con Verónica y otros dos después conmigo. Tras esto, Verónica me hizo volver a nuestra posición original, los dos agarrados. Los dos juntos. Deseé en vano que aquello se acabara, que todos se convirtieran en agua y que después despertara sobre la hierba. Eso nunca ocurrió – Víctor, tienes un mensaje en tu tuenti, léelo cuando puedas.

-No lo dudes.

-Bueno... ¿qué haces por aquí? - intervino Verónica evitándome el gritar en la cara de Rebeca lo mucho que la odiaba.

-Pues nada, he venido con Diego. Me invita a celebrar que cumplimos un mes pero creo que nos vamos a ir a otro sitio. Hay mucha gente y esto es un poco cutre para una celebración, ¿no? - Mientras hablaba me echaba miraditas como pidiéndome explicaciones de por qué me agarraba de esa manera con Verónica. Que se lo preguntara a ella, que ni si quiera yo lo sabía – Por cierto, que el viernes que viene es el cumple de Carol y quiere invitarnos a un bote que va a preparar para celebrarlo. Es en el descampado de al lado del hospital, donde los hacíamos el año pasado. Podéis venir si queréis, y vuestro amigo ese... sí, este...

-Marcos – la interrumpí – se llama Marcos – Me pareció increíble que después de un año de relación ni si quiera se acordase del nombre de mi mejor amigo. Cada vez me alegraba más de que me hubiera dejado.

-Sí, da igual. Ese. Que podéis venir. Si queréis – Se oyó su nombre entre la multitud y vi como el chico de rosa la indicaba algo con la mano – bueno, me tengo que ir, nos vemos el viernes. Por cierto. Es a las 21:30 allí. Chao.

Verónica se despidió mientras yo hice caso omiso a lo que decía. Quería sentarme y comer, comer mi hamburguesa. Me di la vuelta a echar un último vistazo a Diego. Les pillé besándose mientras él la tocaba el culo. Me dolió verlo, ver como se acariciaban y como se querían pero más me dolió cuando terminaron y Rebeca me miró. Sus ojos me penetraron como si me quisiera leer el pensamiento y después me guiñó un ojo. No logré descifrar su significado una tormenta de ideas y pensamientos me bombardearon.

-No pienses más en ella, verás que bien nos lo pasamos el viernes.

-No pienso ir – aseguré.

-Vendrás conmigo y me acompañaras.

-Ya veremos – me escapé de la conversación. No quería seguir por ese camino. Quería preguntarla que cojones significaba lo de cogerla por la cintura, porque coño lo había hecho, porque había hecho venir a Rebeca. Me callé y seguí con la hamburguesa.

Cuando salimos del burger hacía algo de frío y ella se abrazó a mí mientras caminábamos hacia la estación. Me puso el brazo sobre su hombro y me besó en la mejilla. ¿Por qué hacía esto? No me apetecía ser su amigo. No de ese modo. Me dejé llevar y seguimos por el parque hasta el metro. Una vez dentro, esta vez sí que íbamos nosotros solos en el vagón, se sentó a mi lado y apoyó su cabeza sobre mi hombro y empezó a acariciarme el dorso de mi mano izquierda derrochando ternura con cada movimiento. No podía hacer nada. Estaba rendido a sus pies. Haría lo que me dijera y no podía pedirle que parara. No tenía fuerza para decirle que lo único que conseguía era hacerme sufrir con cada roce de su piel. El tren se paró y nos bajamos lentamente de él acabando con el silencio que había en la estación.

-Gracias por esta noche – estábamos ante su portal y el viento estaba empezando a convertirse en frío.

-No tienes nada que agradecerme. Buenas noches – todavía estaba un poco confuso y yo quería enrollarme mucho a hablar.

-Vale. Buenas noches – me soltó dos besos seguidos de un caluroso abrazo.

Le devolví los besos y me alejé dejándola atrás mientras sacaba las llaves del bolsillo. De nuevo, empecé a pensar en todo lo que había ocurrido esa noche. Mi cabeza daba vueltas y dejé caer una lágrima de mi ojo. Una tras otra, una por cada beso, por cada caricia, por cada momento juntos, por cada sonrisa, por cada mirada de felicidad. Rebeca había rehecho su vida y yo no. No me servía de nada recordar los momentos pasados, mi vida con ella, mi año desperdiciado con una chica que me había dejado a cambio de una mata de pelo rubio de un montón de regalos caros. Para ella yo no significaba nada en ese momento ni lo había significado nunca. Sí, esa era la pura verdad. Ella sólo pensaba en sí misma, en su nuevo novio. Yo era su ex. Aquel otro que dejó por su niño. Sí, ese, el que tanto la quería, el que no la hacía regalos caros, el que no tenía pelo rubio, el que no llevaba polos de Lacoste ni pantalones caros. Ese que ya no la importaba nada.

Me dormí pensando en toda la basura que me rodeaba, todos mis pensamientos se quedarían conmigo y con mi conciencia, de nada servía contarlos.

Capítulo quinto. Viento sobre mi cubata

Había pasado una semana desde el encuentro con Rebeca y no me apetecía volver a verla en el botellón. No quería ir por eso y porque tendría que ir con Verónica. Ella y yo. Marcos pasaba de venirse al cumpleaños y aunque ya había superado su rechazo todavía quedaba algo. Esa cosa no se van simplemente, se quedan ahí, escondidas pero ahí. Lo que necesitaba era una mujer, quien sea. Necesitaba olvidarme de ella ya que no quería nada conmigo y mi solución sería otra chica, lo tenía decidido.

Vero y yo quedamos en su portal a las ocho y media. Ya empezaba refrescar cuando se hacía de noche y me puse una sudadera sobre la camiseta de manga corta. Ella salió por la puerta con una sonrisa radiante y con una chaqueta bajo el brazo. Vestía unos pantalones pitillo y con una camiseta de tirantes negra sobre una blanca. Tenía el pelo se dejaba caer sobre sus hombros y el flequillo tapaba parte de su ojo derecho. Estaba realmente guapa, preciosa. Sus ojos marrones emanaban felicidad allá a donde miraban y el suave rojo de sus labios pintados brillaba con la luz de las farolas que empezaban a encenderse. Me cogió del brazo y como si de una pareja se tratase caminamos hasta llegar al descampado sin mediar palabra.

Se veían alrededor de unas veinte personas amontonadas en un grupo de bancos que estaban rodeados de botellas vacías y papeleras a rebosar. Parece que ya habían celebrado otro cumpleaños. Se oía bullicio y fiesta, algunos acababan de llegar y como nosotros, nos acercamos a felicitar a la cumpleañera. No conocía a nadie pero me daba un poco igual, tampoco quería conocerles. Eran gente que había visto alguna vez por el barrio o en los pasillos pero sin ninguna confianza en especial. Vero me abandonó y se fue con unas chicas que al parecer conocía de clase de francés. Cogí un vaso que parecía llevar Coca-Cola con alguna sustancia alcohólica y me senté yo solo a beber y a pasar frío. Daba pena. La gente ya empezaba a estar algo más feliz de lo normal pero un grito interrumpió la fiesta.

-¡Serás hijo de puta! - la voz me resultaba familiar pero no conseguía ponerle cara. Me acerqué a ver qué pasaba – ¿Eso es lo que haces cuando me doy la vuelta? – Rebeca gritaba en la cara de Diego a la vez que estampaba su regalo contra el suelo. El móvil se partió dejando al descubierto la batería y parte de la pantalla se rajó. Ella se fue.

Después vi a Diego algo trastocado animando a la gente a que siguiera con lo suyo. No tenía ni idea de lo que había pasado. Avisé a Vero de que me iba, no quería estar allí más tiempo sin hacer nada. Empezaba a levantarse viento y allí no había donde resguardarse. Miré una vez más a Diego y a la chica que había a su lado y después emprendí el camino a casa.

La calle estaba desierta, y el viento mecía los árboles a un ritmo fantasmal. Unos metros más adelante, tras cruzar la esquina divisé una figura femenina sentada en un banco. La triste

imagen de la chica sentada a la intemperie en aquel banco me causó sensación de soledad, me sentía como aquella chica del banco, triste y sin nadie en quien acurrucarme. Avancé unos metros más y me dio un vuelco el corazón cuando reconocí los ojos azules que miraban llorosos al suelo. Acompañé sin decir nada a la chica del banco. Me senté a su lado y esperé a que ella diera el siguiente paso.

-Víctor...

-¿Qué ha pasado con Diego?

-El se vino antes porque yo tenía que hacer unos recados con mi madre y cuando llegué resulta que llevaba ya tres copas encima y se estaba liando con una de las guarras amigas de Carol – la habían dejado tirada – Dios... Escucha, yo... Siento tanto haberte hecho tanto daño – me cogió una mano y me miró a los ojos.

-Déjalo, eso está olvidado, ya no importa – mentí como un bellaco sin saber por qué. Yo la odiaba, estaba hasta los cojones de ella – ya está todo superado.

-Tú... Te has portado tan bien conmigo y yo cometí un error en dejarte ir, no debería haberlo hecho – se acercó a mí. Yo ya sabía que estaba buscando, ya sabía lo que quería.

No quería volver a caer en sus garras de nuevo y justo cuando me iba a alejar para despedirme se me vinieron a la mente todo lo que había pensado anteriormente "...mi solución sería otra chica, lo tenía decidido." Toqué su cara y miré sus ojos. Me besó, me besó como tantas veces lo había hecho anteriormente, sus labios sabían igual. Metió la mano por debajo de la sudadera y de la camiseta. Noté sus manos heladas. Las yemas de sus dedos tocaban el torso. Me tenía a sus pies. No podía con ella. Pasó a besarme el cuello. Se me erizaban los pelos de todo el cuerpo cada vez que movía los labios. La había echado tanto de menos. Yo flotaba en una nube y sentí haber vuelto un año atrás, cuando todavía estábamos juntos. Por dentro sentía dolor y sabía que todo esto no podría traer nada bueno pero no hice nada para pararlo, dejé que siguiera, nos besamos, nos tocamos. Ya no tenía ningún frío, ya no me importaba el viento. Estábamos ella y yo. Su pelo olía afrutado y lo acaricé al igual que acaricé su costado. ¿Habíamos vuelto? No lo sabía. No sabía que intenciones tenía conmigo pero ahora sólo importaba nuestro momento, nuestra fusión.

-Te quiero – sus palabras entraron en mi cabeza como cuchillas que acabaron con el poco sentido común que me quedaba, estaba absorto en ella, nada podía separarme de ella, al menos eso pensaba.

-Gracias por esto, te necesito.

-No tienes nada que agradecerme. Me vuelvo a disculpar, yo soy la que lo ha hecho todo mal y la que te tiene que agradecer este momento – parpadeó y brotó una lágrima de su ojo, prosiguió – te quiero Víctor.

La abracé con fuerza y después la volví a besar. Mi nube y yo seguíamos flotando por el paraíso de lo inimaginable. Nunca pensé que volvería con ella. Nunca pensé que pudiera volver a probarla, a tocarla y a acariciarla. Era feliz.

Acompañé a Rebeca a su casa abrazada con mi brazo en su cintura como tantas veces lo había hecho antes. Nos volvimos a parar en su portal y salí a la calle con los labios cortados y

manchados de rojo. Estaba alegre. Contento. Ya no me parecía rara la sensación de flotar en una nube. Una nube que al poco se convertiría en gris, de la que me caería en cualquier momento, una nube frágil. Pero todo aquello yo no lo sabía. Sólo veía la parte clara y blanca de mi nube. El buen tiempo que hacía por el momento. No quería ver más allá.

Capítulo Sexto. Rebeca

El timbre rompió el silencio de la casa y tras volver a mi persona me levanté a abrir. Eran las once de la mañana y Vero estaba al otro lado de la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y una bolsa grasienta en las manos.

-Buenos días – su voz alegre resultaba un tanto sospechosa y desconcertante pero no me apetecía pensar en nada ahora – He traído churros, me invitaras al Cola Cao, ¿no? - apuntó felizmente a la bolsa marrón.

-Vaya... No te esperaba tan pronto. Pasa, pasa. Me lavo la cara y te preparo la leche en un momento.

El agua fresca del lavabo me quitó las legañas y ahora no veía todo como borroso. Recordé lo que pasó la noche anterior. No le diría nada a Verónica. Me echaría la charla sobre lo mal que lo he hecho y que me va a volver a dejar tirado.

Tomamos los churros y la leche. Apenas comí tres. No tenía hambre. Mientras conversábamos no podía evitar pensar en que parecía que tuviera algo que soltar. Algo que decirme hasta que lo soltó de golpe.

-Anoche te liaste con Rebeca – lo dijo de una forma tan frívola que me asustó, la voz era fría y distante. No la había visto así.

-¿Quién te ha dicho eso?

-¿Lo has hecho?

-Sí – cedí al final, lo sabía. Era una tontería negarlo.

-Eres un capullo

-¿Yo? ¿Pero qué cojones dices ahora?

-¿Cómo que, que cojones? Después de pedirme salir, de decirme que te gusto vas y te lías con otra. ¡Con tu ex! ¿Así es como me quieres tanto? Que te lías con otras.

-Verónica, a ti que más te da con quien me lie. Yo contigo ya lo tengo todo claro. No quieres nada.

-¿Es que no te das cuenta? Me gustas. No te he apreciado hasta que te vi con Rebeca en ese banco – No daba crédito a sus palabras. ¿Que la gusto? No, no sé que quería ahora. No, no estropearía mi nube con Rebeca.

-Vero... Ya no. Ahora no. Lo siento. Tuviste tu oportunidad y yo quiero estar con Rebeca ahora que se que me quiere.

-Perdóname Víctor. Será mejor que me vaya. Gracias por el Cola Cao.

Abandonó la cocina con paso ligero y puede apreciar las lágrimas en sus ojos cuando giró para salir al descansillo. Recogí los desayunos y puse una lavadora llena al tope. Salí a comprar algo de comida para que así me diera un poco el aire.

Hacía calor. Mucho calor. Caminaba por la acera lentamente. Había bajado de nuevo a la

tierra. Necesitaba meditar sobre lo que había ocurrido. Por un lado tenía a Vero que se había ido llorando de mi casa y por otro a Rebeca. Me estaba creando problemas pero yo la quería para mí. Conmigo. Como antes. Volver a vivir todo anterior y más. Tenía mi oportunidad. Me había ofrecido su corazón y después su cuerpo y yo obviamente la había recibido como mejor sabía. Verónica era una egoísta. Seguía caminando después de hacer la compra. El sol calentaba igual y el tráfico fluía de la misma manera que lo había hecho antes de entrar en el súper. Al bacalao y a la ternera no le importaban mis problemas. De esto no podía hablar con Verónica ni con nadie. Cuando cruzaba la carretera recibí un mensaje al móvil. Rebeca. Mi corazón empezó a latir y la sonrisa que había estado escondida toda la mañana despertó amplia y agradable.

¿Tenemos que hablar? No me jodas, había escuchado esa frase dos veces en mi vida. Cuando murió mi abuelo de la boca de mi padre y en un mensaje de Rebeca antes de que me dejara. Otra vez en un mensaje. Otra vez de Rebeca. El mismo mensaje, igual: *“Tenemos que hablar, ¡mami!”* Al final tendrá razón Vero y todo, pensé. Hablaríamos, pero en otro momento.

Llegué a casa y metí la comida en la nevera. Ahora daba gusto verla. Con comida. Llena. Cociné un par de filetes de pollo y de postre unas natillas. Me tumbé en el sofá sin recoger la cocina y me relajé con la mirada en el gotéale del techo. Las persianas estaban un poco bajadas y la penumbra de la sala junto con el calor achicharrante creaban el ambiente casi perfecto para echarse una siesta que pasó a la perfección cuando me quité la camiseta para estar más fresco. Se oía el tictac del reloj pero a mí no me importaba. Oía a las sábanas limpias que estaban colgadas en la puerta. Suavizante de Marsella. Me quedé dormido con el jabón de Marsella y la masa mental de problemas flotando alrededor de mi cabeza. Mi discusión con Verónica y el mensaje de Rebeca y dentro de cada vez menos tiempo el futuro nuevo curso que seguramente traería una nueva nube de tormenta.

Rebeca y yo quedamos en vernos en el parque donde anteriormente se había celebrado el botellón de Carol. Estuve un rato esperando hasta que apareció entre los árboles andando con la mirada perdida en el camino de arena.

-Hola – nos abrazamos y al darle el pico ella hizo un ademán de quitarse pero finalmente se acercó y dejó que se lo diera – Víctor, Diego y yo hemos estado hablando y por lo visto ayer llevaba unas copas de más y no sabía lo que hacía. – Su voz bajaba de volumen progresivamente y no era capaz de mirarme a los ojos – Entiende que quiero volver con él. Ha sido una persona genial conmigo y le quiero mucho, no me gustaría que se estropease por un lío de consolación. Así que me gustaría que no comentaras nada y que por favor, lo olvides.
-Vale, adiós.

Me alejé sin mediar más palabra con paso ligero dejándola allí plantada. Me la había vuelto a jugar, me había vuelto a engañar con su palabrería y con sus cariños. No había hecho caso de Vero, yo para Rebeca nunca había sido nada. ¿Royo de consolación? Por favor, dónde se quedaron todos esos te quiero. La ira me atrapaba por cada parte de mi cuerpo, había tropezado otra vez con la misma piedra. Estaba indignado y todavía siento rencor por la forma en la que me engañó por segunda vez. No volvería a pasar. No la volvería a ver. Nunca más.

Capítulo séptimo. La última cena

Decidí llamar a Verónica para intentar arreglar las cosas. Con seguí una cita con ella para después de cenar. Era sábado y podíamos quedarnos hasta tarde. Acordamos hacerlo en el parque de siempre que está cerca de su casa.

Anocheceía y todo era igual que la última vez. El viento soplaba, la hierba se mecía bajo mis brazos y la luz amarillenta de la farola iluminaba el cuadro. Ella llegó poco rato después y me acompañó tumbándose en la hierba boca arriba. Llevaba un vestidito azul primaveral con una cinta que lo ajustaba a su cadera. Iba bastante escotada pero no me supuso ni una pega. Después de recibir sus dos besos guardamos unos minutos de silencio mutuo hasta que ella abrió el diálogo.

- Bueno, has sido tú el que ha llamado, así que tú dirás.
- Quiero que sepas que lo de Rebeca no ha sido nada. Que no estamos juntos...
- ¿Te ha vuelto a dejar, verdad? - interrumpió agresivamente.
- Tampoco hace falta que seas tan dura, ¿no?
- Yo te había avisado. Te estabas haciendo ilusiones. No confiaste en mí.
- Lo siento. No veía lo que se me venía encima.
- Estás perdonado – sonrió y apartó la mirada de las estrellas para darme un beso en la mejilla y regalarme su sonrisa.
- Gracias, eres toda una amiga.

Apartó la mirada y volvió a las estrellas. El silencio volvía a reinar en el parque. Sólo se oía el viento y algún motor de coche lejano. La situación estaba muy tensa y no sabía muy bien qué hacer. Quería estar con ella, debía hacer algo y opté por agarrar su mano. La cogí suavemente, casi acariciándola y pasé mi dedo pulgar sobre el dorso de su mano. Ella apartó una vez más la mirada de las estrellas y giró su cabeza hacia mí, sonrió y me besó. No en la mejilla, ni en la frente. Mis labios se unieron a los suyos. Temí que se convirtiera en agua y que me despertara otra vez en la piscina. No soñaba. No esta vez. Me abrazó entre sus piernas mientras me cogía la mano y la ponía sobre su cadera. Abrazados en la hierba seguimos besándonos y acariciándonos. Mis labios, sus labios, mis manos, sus manos. Era todo perfecto. Me susurró al oído lo mucho que me quería y que deseaba que todo aquello nunca acabase. Dejé fluir las lágrimas por mis mejillas de la emoción. No nos separaríamos nunca. Al menos eso era lo que yo creía

* * *

Las semanas transcurrieron con normalidad. Éramos felices. Éramos pareja. Verónica y yo estábamos viviendo los que serían los días más felices en mucho tiempo hasta que la tarde del viernes once de septiembre se me cayó mundo encima.

Verónica y yo nos encontrábamos de paseo por un parque de la ciudad cuando, entre unos

árboles, sentados en la hierba dijo las palabras mágicas.

-Tenemos que hablar.

-Dime, para eso estamos – al oír esas tres palabras mi ritmo cardíaco aceleró pero intenté calmarme.

-Me voy a Londres.

-Ah, que bien, ¿cuándo te vas?

-El domingo. El vuelo sale a las seis de la tarde así que supongo que estaré allí a las cuatro para facturar el equipaje.

-Pero si el curso empieza la semana que viene, que te vas poco tiempo, ¿no? No me habías dicho nada.

-Me voy durante un año. A mi padre le ha salido un trabajo muy bueno pero sólo durante un año, volveremos para el curso que viene – se me cayó el alma al suelo. Un año...

-¿Y cuando pensabas decírmelo? Joder Vero, te vas un año lejos y no pensabas decirme nada. ¿Pero de qué coño vas?

-Víctor, cálmate, por favor. No te dije nada por miedo a que lo dejaras conmigo.

-¿¡Que me calme?! Pero como quieres que me calme. ¡Me has engañado! Cómo te voy a dejar así como así sólo porque te vayas fuera un año. Mira, ahora sí que me dan ganas de dejarte.

-Lo siento. Creo que lo mejor es que me vaya. Necesitas pensar.

-Por mí como si te vas a la mierda.

Rompió a llorar y se fue corriendo dejándome sentado en la hierba. Me preguntaba que por qué me pasaba esto a mí. Las cosas no se hacen así. Joder, y la había mandado a la mierda literalmente. Llegué a casa y dormí hasta la hora de cenar para volverme a dormir después de comerme un sándwich.

A la mañana siguiente tuve tiempo para pensar en ello y llegué a la conclusión de que no podíamos acabar así. La había hecho llorar. Se había ido llorando del parque por mí, la había herido. Me odiaba a mí mismo. Se iba al día siguiente por la tarde y yo ya me había cansado de llorar. De llorar por ella, por mí. Cada momento con ella había sido precioso, habían sido dos semanas espectaculares y ahora nos íbamos a separar. Nos despediríamos sin un adiós y sin un abrazo. Ni si quiera una sonrisa. Sólo lágrimas.

Tras tiempo de meditación se me ocurrió una idea, era alocada y creo que podría no salir bien aunque lo último que se debe perder es la esperanza. Me fui a la cama pensando en ella mientras me tomaba un yogurt griego como postre de mi cena.

Capítulo octavo. Hasta Septiembre

Me levanté tarde y miré por la ventana. Hacía un día triste, el cielo estaba encapotado. Los coches estaban mojados, al parecer la noche anterior había llovido. Al abrir la ventana para quitar el olor a tigre que había en la habitación entró algo de fresco. Era tarde y no desayuné, así que me duché y me puse a comer un bocadillo de tortilla francesa. Agarré la cartera y los pantalones vaqueros y salí por la puerta con paso decidido a la parada del autobús. Eran las tres en punto y el cielo seguía nublado.

Mi barrio estaba en el extrarradio de la ciudad y el metro todavía no llegaba hasta allí así que necesitaba coger el autobús para que me acercara al centro de la ciudad. Durante mi trayecto en el autobús empezó a llover y cuando entré en el metro la gente ya casi nadie estaba en la calle. La lluvia pegaba en los cristales de la entrada de la estación como granizos en plena ventisca. Me esperaba media hora de trayecto en el metro hasta la terminal del aeropuerto. Eran las tres y media pasadas. El metro iba vacío a esas horas y en el vagón sólo íbamos yo y una viejecita sonriente enfundada en un abultado abrigo de piel.

Cuando entré en la terminal eran las cuatro pasadas y llegué a la conclusión de que ya no tenía nada que hacer. No sabía en qué terminal debía estar ella ni si quiera en cual estaba yo. No sabía ni su número de vuelo ni la compañía con la que viajaba. La esperanza de encontrarla me había cegado y no había tenido en cuenta todos aquellos detalles. Móvil apagado o fuera de cobertura. Qué típico. La había perdido. Llevaba diez minutos paseando por la terminal viendo a la gente pasar con sus carritos y sus maletas sin encontrar nada. La había perdido. Las últimas palabras de mi boca que escucharía antes de irse serían las de como la mandé a la mierda en el parque. Game over. Había perdido el juego. El tiempo se había acabado y mis esperanzas con él. Seguí andando un par de minutos más deslizándome por el mármol recién pulido de la terminal cuando me acerqué a la zona de facturaciones de la siguiente terminal. Una marabunta de personas se abalanzaba sobre los mostradores intentando convencer a los empleados de que sus maletas eran lo suficientemente pequeñas como para llevarlas de equipaje de mano. Las diferentes compañías iban abriendo sus mostradores a la hora establecida. Nadie sabía si ese era el vuelo de mi chica. Me encontraba solo, con el tiempo a mis espaldas. Había pasado media hora desde que llegué y caminaba alrededor de las filas de personas con la poca esperanza de encontrar un cabello castaño que me resultara familiar hasta que, cuando me encontraba al lado del mostrador de Iberia escuché mi nombre de fondo. Como un eco lejano. Me di la vuelta a mirar y encontré lo mismo que antes. Gente pasando de un lado a otro con maletas y mochilas a cuestas. El eco se repitió. Esta vez más claro, otra vez más. Una persona estaba parada. Movía la mano hacia arriba haciendo mover su pelo de lado a lado. Su melena castaña. Cerré los ojos y volví a mirar. Seguía allí. Ya no hacía falta ninguna esperanza. Vero estaba saludándome con la maleta a sus pies. Les dijo algo a sus padres que siguieron andando y se alejaron.

-Hola... ¿qué haces por aquí?

-He venido a despedirme. Esto... Siento lo del otro día. No me tenía que haber puesto así. Me

comporté como un capullo – mi emoción estaba por las nubes. Quería saltar y decir a todo el mundo lo contento que estaba y lo mucho que la quería. Me contuve.

-Bueno. Estás perdonado. Supongo que yo también me equivoqué – sonrió. Me dedicó una última sonrisa seguida de una lágrima. Los ojos le brillaban y empezaron a verse húmedos.

Sin más dilaciones me lancé a darla un beso con todas mis ganas que lo devolvió de la mejor forma que supo. Nos abrazamos una última vez. Escuchaba sus sollozos en mi hombro. Me dedicó unas últimas palabras antes de separarnos

-Víctor, te quiero.

-Y yo a ti. Nos vamos a volver a ver. Sólo un año ¿vale? Te quiero. Ahora vete. Tu padre nos está mirando – soltó una leve carcajada.

Hice ademán de separarme pero me agarró y me siguió abrazando para susurrarme algo más al oído que recordaré durante todos los días que queden por venir.

-Hasta septiembre.

Fin